

UNA ÉTICA DE LA INCERTIDUMBRE

Atarse a algo: una huerta, un bosque, una planta, una palabra

Atarse a algo que tenga raíz para no perderse.

Algunos, cuando la vida se les desarma vuelven a casa de sus padres. Otros no tienen
donde volver.

Yo volví al campo (...)

El tiempo sin narrativas, sin historias. El tiempo del llano

Federico Falco. Los llanos

Cito a este autor argentino, quien así corona la narración de cómo se las arregló con un duelo: Rentó una casita en un lugar semidespoblado de la Llanura Pampeana. Allí armó una huerta y llevo un diario de sus avatares: fracasos, progresos, incertidumbres, aprendizajes.

Una vez me tocó acompañar a un viajero en su primera visita a la pampa argentina. Recuerdo su expresión anonadada por la inmensidad silenciosa y casi despoblada...el horizonte continuo...como un mar...Así se habrán sentido nuestros abuelos inmigrantes. Me pregunto si ese sentimiento de orfandad oceánica habrá tenido que ver con la prodigalidad con que nuestro país abrazó el psicoanálisis. ¿Será que ese desarraigo forzoso y esta inmensidad desértica hicieron la diferencia?

Quienes nos dedicamos a este oficio de analizar sabemos de esa instancia tan difícil como ineludible: La de acompañar a un sujeto en su confrontación con la caída de aquellas certezas que sostuvieron su vida. Hay quienes confrontan con lo arrasador de la nada del Otro en el origen de su existencia o a muy poco de andar. Otros, en cambio, son acariciados con su deseo hasta que cierto apremio de la vida los enfrenta con ella. Habrá por tanto, clínicas diversas de ese encuentro con lo real. Clínicas que nos desafían a maniobrar la transferencia entre el lugar en que el sujeto se reconoce amable y ese otro donde aparece como puro desecho.

Hay del dolor estragante, ese irreductible de quien se siente arrojado a una existencia en que el saber no alcanza y que hace posible una pregunta. Esa pregunta que puede llevarnos a renunciar a ser sostén del Otro.

¿Qué decir sobre la naturaleza de ese dolor? Podría decirse que se trata de lo irremediable de saber que nunca seremos el objeto adecuado que obture esa falta primordial, aún con el sacrificio del cuerpo. Nunca seremos lo que se esperó de nosotros en el origen. Nunca estaremos a la altura... Entre otras cosas, porque esa esperanza no era más que el resultado una estafa, un efecto de las amistosas mentiras del Otro. Y si por un momento pudiéramos calzarnos en ese lugar, no sería sin resignar lo que no estamos dispuestos a resignar... Que, después de todo para eso tuvo su razón de ser el síntoma.

La condición primitiva del cachorro humano lo liga radicalmente a quien se hizo cargo de su supervivencia... A poco andar, con el acto psíquico que funda el narcisismo, el sujeto recorta un cuerpo; un primer Uno que lo separa del mundo y, en apuntalamiento con ese Otro, ofrece una imagen que aporta confianza a esa primera creencia.

Pero esa condición del significante de no ser del todo uno, de no significarse a sí mismo y de remitirse a otro y a otro siempre, desbarata esa creencia, dándole al sujeto la posibilidad de no ser todo para el Otro. El objeto, entonces, que no es ni lo uno ni lo otro, se oferta para ese lugar-agujero de la existencia; lugar a ser interrogado una y otra vez en un análisis.

En la construcción de la transferencia, el sujeto deposita su confianza, hace una apuesta que consiste en suponerle un saber a ese que lo escucha. El sujeto del inconsciente es efecto de la puntuación del analista que marca, subraya, escande y reordena. Es entonces cuando el acto analítico puede interrogar la implicación del sujeto respecto del lugar de objeto al que se siente arrojado. Acá, el deseo del analista es lo que motoriza el trabajo.

¿Qué pasa cuando al final del viaje el analista cae?

Hay que “Soportar la caída de las garantías imaginarias de la razón y del sentido. (...) Perder las envolturas placenteras”, nos decía Blas Pascal- despojándose, así del atavismo narcisista.

Jacques Lacan señala a Pascal como un hito en el pensamiento occidental porque se distancia del cogito cartesiano, abriendo una nueva dirección del espíritu que apunta a la existencia. Ante el método cartesiano reivindica la intuición. Lacan nos dice que Pascal manifiesta la estructura del sujeto porque descrea de la razón para hacerle frente a lo real; pero, sin embargo, apuesta. Desecha al Dios garante, razón absoluta de Descartes. No puede certificar certeza de su existencia pero, *como no sé, apuesto*, afirma. Para apostar es necesario un movimiento: Sostener el objeto, pero no para apuntalar nuestro ser en el fantasma, sino para, admitiéndolo como perdido, ponerlo en causa. Para hacer algo con el objeto, es necesario el viraje que lo saca de debajo de la barra y lo pone en el lugar del agente.

Es menester deponer las certezas y poner por delante la contingencia, porque contamos con la falta. Si logramos desmarcarnos de la boba repetición fantasmática, uno se descubre con ciertos títulos para inventar algo distinto a ella y así reinventarse. Porque esos títulos son el efecto de la confrontación con un vacío. Se trata de una posición distinta respecto de la castración en el Otro: A partir de no tener el falo y que no hay quien lo tenga, hago algo con esa nada.

Un análisis es un derrotero del Otro, con grandes mayúsculas, al otro, compañero del vivir; ese proceso que va de la afirmación de la potencia del Padre, que deja al sujeto impotente, a la confrontación con lo imposible. Pero esa no puede ser una confrontación estéril. Debe abrirnos el camino a lo algo posible. Sin certezas, sin garantías, pero con un compromiso ético que apuesta al deseo, ese que el sujeto ha de recortar del deseo del Otro para apropiárselo. Y es en ese acto que quienes están a nuestro lado en la vida, en la familia, en la comunidad pueden adquirir una nueva relevancia. Como no hay relación sexual, está

disponible la posibilidad de un encuentro con los semejantes que sea de otra índole, distinto de la completud y de la masa. Apostamos por tanto a un psicoanálisis que tenga efectos en el lazo social.

No quiero redundar en los diagnósticos desoladores. Es muy evidente que la post pandemia ha acentuado lo más opresivo y egoísta del capitalismo neoliberal: el hiper empuje al consumo con su falsa ilusión de omnipotencia, el regodeo en la ignorancia sostenido en el atontamiento mediático, el desprecio por los padecimientos humanos refugiado en un discurso cada vez más cínico. Ante todo eso el psicoanálisis debe apostar a su rol herético: desafiar a los sujetos a descreer de lo que la civilización les impone para atreverse a elegir.

Haeresis fue el nombre que la Iglesia le asignó en la Edad Media a todo movimiento que se atrevía a postular algo distinto de lo instituido por el canon doctrinario. Significa “elegir”, y por aquellos tiempos, elegir algo distinto podía costarle la vida a pueblos enteros. Hoy por hoy ya no corre necesariamente sangre ante la herejía, pero seríamos ingenuos si no reconociéramos otras formas de sanción ante la transgresión de la norma del sistema que es imperativo de goce.

El trabajo del analista será entonces, el de acompañar al sujeto en ese confrontarse con sus determinaciones, con la particularidad de su posición ante las demandas del Otro, descompletándolo en los laberintos del sentido. Acompañarlo, al fin, en la confrontación con lo incierto como único marco para un acto propio; pero siempre desmarcándose del lugar cartesiano del garante.

Un análisis es una opción contingente y sin garantías. Mario Benedetti, el poeta uruguayo hablaba *de defender la alegría de las certezas y del dolor de estar absurdamente alegres*. Si el análisis es un sesgo para vivir mejor, se tratará de defender un mejor vivir de los peligros de la estupidez. Ojalá estemos en ese camino.